



JOSÉ MARÍA ARGUEDAS EN MÍ

Jorge Díaz Herrera

Editorial San Marcos (Lima)

André Bretón dijo en su manifiesto surrealista del año 24 que la literatura es el camino más doloroso que conduce a todas partes. Dejando a un lado el término doloroso, yo creo que efectivamente la creación literaria conduce a todas partes. Pero subrayando que *no es todas partes*. El Quijote bien puede ser y ha sido estudiado desde perspectivas muy diversas: desde una óptica jurídica, psicológica, filosófica, histórica, teológica, antropológica y tantas disciplinas más. Y no hay razón para objetar dichos estudios. Siempre y cuando se tenga presente que El Quijote no es ni un tratado jurídico, ni psicológico, ni filosófico, ni histórico, ni teológico ni antropológico o cosa parecida. Pues el Quijote es exclusiva y únicamente una obra artística, una obra de arte literaria.

Igual apreciación se puede aplicar a la obra literaria de otros creadores, me referiré esta vez a la obra de José María Arguedas. Su obra literaria es literatura, pertenece al campo de la estética y, si bien puede, como toda obra literaria, conducirnos a otros campos, no es otros campos. Es literatura.

A toda cosa debe juzgársela según el principio que la rige. A los hombres no se los va a juzgar según los principios que rigen a la mecánica automotriz, ni a una rosa según el principio que rige para los pájaros.

Tengo necesidad, para no caer en la susceptibilidad errónea o en los juicios caprichosos, que confesar algunos principios que norman mi apreciación de la literatura y mi propia labor de escritor.

**Nací en Celendín, lugar que hace apenas un año he conocido. Pero que ha impactado en mí como si retornara al sitio del que nunca debí partir. En Trujillo transcurrió mi infancia, adolescencia y primera juventud. Ahí gatearon mis primeras ficciones. *Fui criado por mis abuelos y mi Nana. Pero abuelos, nana y padres fueron y siguen siendo para mí seres bondadosos, angélicos; ángeles a veces complacientes y a veces pretorianos, como suelen ser los dioses. *Nací escritor. Porque creo que el escritor o el artista nace. Pero también se hace o se deshace. Según como defiende su vocación o la deje perecer. *Nunca sabré desde cuándo ni por qué empecé a escribir. Tratar de descorrer ese velo es un misterio que me complace conservarlo como misterio. *No recuerdo una sola etapa de mi edad sin escribir. Con una diferencia: hoy ya no escribo para cambiar el mundo sino para calmar mis nervios. *Los libros nacen de los libros pero los nutre la vida. Atribuyo mi formación literaria a dos iluminados recintos: el mundo de mis lecturas, los museos, la música, los viajes y el universo de la esquina, del barrio, de la calle. Mi literatura se ha nutrido y se nutre de lo que he leído, he vivido, he oído, he visto, he soñado dormido o despierto, ambas formas de soñar son realidades. *Entre ser un buen escritor y un buen padre, prefiero ser un buen padre. No creo que exista escritor que desee ser un mal escritor. Si uno no llega a ser un gran escritor es porque no pudo serlo. En cambio si uno no logra ser un buen padre es porque no quiso serlo. *Dios es para mí el misterio y el misterio, por el hecho mismo de ser indescifrable, es innegable e inasible por la inteligencia humana. Todas las iglesias me parecen arrogarse*

*algo que no les pertenece, y convertirse en mensajeras de quien nunca se ha dignado encargarles mensaje alguno. *No se me va la idea de que el ser humano sin sentido del humor es un error de la naturaleza. *¿Qué espero de la vida? Que me dé serenidad. Y que, cuando me llegue la hora, sea tranquila, inodora, incolora e indolora. Dormir y despertar en otro sueño. *Lo último que escribiré serán mis confesiones y no mis memorias. Soy desmemoriado y cada vez más lleno de olvidos. *Es muy complejo atrapar conceptualmente la palabra cultura. Pero creo que la cultura consiste en ennoblecer los instintos. *El arte es un arma de doble filo: Puede servir para el bien. Pero también para el mal. Porque el arte es amoral, apolítico, achauwinista, arreligioso y su único compromiso con la realidad es ser arte. *Quienes miran a través de un tubo y con desarrollada miopía tratan de enclaustrar a la creación en casilleros, como si la obra artística fuera objeto de laboratorio, me resultan intolerables. No creo en las técnicas sino en el talento, en el estilo.*

Tras estas confesiones, repito: confesiones más. Tras estos juicios personales, repito: juicios personales. Confesiones de juicios míos, que bien pueden ser compartidos o rechazados por otros, pues jamás en mí ha existido el propósito de imponer mis gustos ni mis ideas, vale decir ni mis preferencias, ni mis reflexiones.

Yo pienso para mí y escribo para todos.

Hace algunos años, sustenté una ponencia en Aishtad, en la Universidad Católica de Alemania. Lo cual no me hace miembro de esa grey religiosa. Repito: hace algunos años sustenté una ponencia titulada “Perú Mestizos sin Mestizaje”.

Dudé mucho tiempo en decirla. Medía cotidianamente los pro y los contras de las aseveraciones personales que tales cavilaciones podían acarrear.

Pero hubo un hecho anecdótico que me decidió a hacerlo. Ahora se los cuento. En París me encontré con un escritor peruano, que bastaba verle el rostro demudado para advertir que algo muy hondo lo atormentaba.

Casi acezando me confesó de golpe que él era un

canalla. Repetiré algunas de sus palabras, más valdría decir exclamaciones, que han quedado en mi recuerdo. Cito: “Estamos malditos, hermano. No pasamos de ser un grupo de miserables”. Con estas expresiones no solo se refería a su persona sino a los peruanos en general.

Lo invité a una barra a tomarnos unas cervezas para apaciguar el desconuelo de aquel amigo. Luego, ya más calmado, me contó que él estaba alojado en casa de un peruano que también escribía, así lo calificó, casado con una francesa. Casa en la que se le brindaba afecto, comida, atenciones y hasta el uso del teléfono. Hasta que en cierta ocasión, ayer nomás, me refirió, el esposo tuvo que realizar un viaje que duraría algunos días, quedándose él solo en la casa con la mujer, con la generosa mujer del amigo.

Como me pareció que allí se estancaba su confesión, yo traté indiscretamente de sonsacarle la verdad. ¿Sedujiste a su mujer?, le pregunté. El movió la cabeza varias veces de derecha a izquierda y me respondió que no, que su maldad había sido peor. Luego me contó: “Ella me preguntó que qué tal poeta consideraban a su marido en el Perú. Y yo le contesté que en el Perú nadie lo conocía y que si algo podía producir su poesía era risa”.

Aquel suceso motivó en mí largas reflexiones que no hicieron sino echar más leña a una antigua pretensión mía: la de tratar de explicar por lo menos en algo las extrañas laceraciones de nuestra historia, más valdría decir de nuestra idiosincrasia.

Pretensión que ha ido acumulándose o ganando espacio en mis cavilaciones con la rabia, con el descontento, no sé cómo definir a la sensación que me produce y me ha producido durante mis estancias en el extranjero oír a los peruanos hablar contra el Perú. Actitud no solo de gente poco cercana al mundo intelectual si no, lo que es peor, de gente incluso del mundo intelectual, artístico, como también de otro.

Cuento esta anécdota: Cierta ocasión, en París, en una reunión que un grupo de latinoamericanos me ofrecía en son de despedida, pues yo me iba a radicar en Madrid. Había dos peruanos que se quitaban la palabra de la boca por resaltar las barbari-

dades que caracterizaban a Lima. La hacían ver como una ciudad tomada por el hampa, por el odio, por el chauvinismo. Era tal la exagerada lapidación con la que trataban a la ciudad de Lima, que yo, notando sus dejos provincianos, les jugué una pasada: Luego de motivar un forzado silencio para ser escuchado por todos, les dije a los dos amigos detractores de la capital peruana que si ellos se propusieran yo les mostraría, sin riesgo alguno, y en unas seis horas o quizá menos, una Lima esplendorosa por su novedad y significado histórico y estético. Luego empecé a trazar el recorrido anunciado. Les dije que bajando del avión, en el aeropuerto, a una cuadra quedaban las catacumbas de la Iglesia San Francisco, luego volteando hacia la izquierda a dos o tres cuadras estaba el museo de la Inquisición, único en el mundo por encontrarse en el lugar exacto donde fue, en seguida, tras indicarle otras nove-

dades, les dije que enrumbaran de ahí nomás a la bajada de playas y después de contemplar un extenso y bello mar llegarían nuevamente al aeropuerto, y ¡adiós!

Ellos asintieron haciéndome una aclaración: Que ese trote era de ricos y no podía acceder a él la gente del pueblo. Entonces solté la carcajada (mejor dicho forcé una carcajada) para hacerles ver que toda la ruta que les había indicado era falsa, porque ni las catacumbas quedaban a una cuadra del aeropuerto, ni el museo de la Inquisición estaba a una cuadra de ellas y ni siquiera podrían llegar nunca al aeropuerto por la bajada de playas, además que a ésta no se iba directamente desde el lugar que les había indicado.

Total: se trataba de dos jóvenes de una y otra provincia del Perú que habían hecho su viaje a París



José María Arguedas se casó con Celia Bustamante el 30 de junio de 1939 en la ciudad de Sicuani, localidad donde nuestro escritor había sido enviado como profesor de escuela. Padrino y testigo de esa boda fue Killku Waraka, seudónimo del poeta en quechua Andrés Alencastre. La foto es de ese día frente a los Registros Públicos de Sicuani.

Celia y José María se conocieron en la peña "Pancho Fierro", Lima, un local que ella había fundado con su hermana Alicia Bustamante en 1936. El amor surgió entre rejas, cuando las hermanas hacían labor social en "El Sexto", donde Arguedas estuvo preso. Ella era un año menor que él.

casi directamente de sus lugares de origen, sin ni siquiera conocer Lima.

¿Por qué hablaban así de Lima si ni siquiera la conocían visualmente?

Para salir de aquel atolladero busqué la forma de diversificar la conversación yendo hacia otro tema. Era el momento en el que Pinochet había golpeado a Salvador Allende y estaba matando y torturando a sus partidarios.

En la mesa había un chileno que a las justas había logrado escapar de la carnicería pinochetista, pertenecía al partido comunista, había perdido en la refriega a algunos familiares y amigos. Y, sin embargo, su intervención en el tema me dejó desconcertado: “Claro, dijo, refiriéndose al golpe sangriento de Pinochet. Pero hay que reconocer que Pinochet es el mejor geopolítico de Latinoamérica”.

Sin comentarios.

Igual comportamiento de loas a sus países tuvieron y siempre veo que tienen otros sudamericanos, sobre todo argentinos, paraguayos, mexicanos...

¿Por qué nosotros no?

Aquí viene mi tesis o perfil de tesis o cavilación que me animó a sustentar en Alemania mi ponencia “Perú, mestizos sin mestizaje”, que entre los aplausos del público dejó oírse una risita peruana antecedida de un chistecito de mal talante que nadie celebró.

Son diversos los estudiosos y tradiciones que comparten el convencimiento de que el Perú (llamémoslo para mejor ubicación histórica el Imperio Incaico) ya era un país desmembrado moral y políticamente cuando llegaron los conquistadores. Vale decir ya era un imperio vencido por la intriga y el afán de liberación de las múltiples culturas sometidas por el gobierno guerrero y expansionista del Tahuantinsuyo. La guerra fratricida entre Huáscar y Atahualpa es la evidencia más contundente de este suceso.

En otras palabras: el Perú de aquel entonces (el Imperio Incaico) ya era un país vencido cuando llegaron los conquistadores. Puñado de aventureros que no hicieron sino exacerbar los odios que antes que

integrar separaban a los habitantes de estas tierras. La intriga fue su arma principal. La mentira. La imposición. La superioridad de la tecnología bélica, el fanatismo de su fe, un fanatismo que lo que más esperaba de su dios era el oro, la riqueza, el poder.

Pero, ¿quiénes fueron los conquistadores ibéricos? También los vencidos de la sociedad española, los marginales, los instrumentos del poder, los lacayos del poder hispánico devorados por la avaricia, empujados por la pobreza. En síntesis. Los conquistadores fueron al igual que la masa de descubridores de América, los vencidos de España.

Así pues, los vencidos del otro lado del mar vencieron a los vencidos de este lado del mar.

Luego, agotada casi la fuerza laboral indígena, trajeron a los negros. Seres indefensos cazados en trampas, como fieras. Desarraigados de sus mundos. Convertidos en objetos de mercancía. Aristóteles decía que la diferencia entre un esclavo y una cosa es que los primeros se mueven y los otros no.

La fuerza de la negritud vendida y comprada, diezmada por las fiebres y el hambre en las largas travesías marinas. Mejor dicho, los sobrevivientes que los esclavistas lograban arribar a estas tierras, eran ofrecidos a los compradores como cualquier objeto de mercado.

Fueron pues los esclavos negros la tercera migración de vencidos que llegó a acrisolar el mestizaje peruano. Hasta 1838, según Flora Tristán, en su revelador libro “Peregrinaciones de una Paria”, una negra podía ser vendida o comprada en el mercado de Lima con derecho a vientre o sin derecho a vientre. Si era comprada con derecho a vientre, los hijos que procreaba le pertenecían al comprador. De lo contrario eran propiedad del vendedor.

Tras esta gran migración negra, viene la gran migración china. Los chinos vienen en condiciones infamantes y son tratados de igual manera. Vienen comprados o alquilados por ocho años, hasta que paguen la supuesta deuda de la migración, y son alojados en barracas de las haciendas y engrillados. Sus caporales son los negros. Incluso cuando un negro y un chino se encontraban en una calle, el chino tenía que cederle la acera al negro.

Existen aún en las hemerotecas periódicos de aquellas épocas donde se gratificaba a quien diera con un negro o un chino, de tales y tales características, huidos de la casa de sus amos.

Investigaciones sobre este tema hay hasta demás.

Incluso cuando sucede la guerra del Pacífico, los chinos forman filas en el ejército chileno, pues ven en él a quienes llegan a librarlos del infamante oprobio. El emperador de la China, envió un delegado al Perú para alegar por el mal trato de sus compatriotas.

A las sublevaciones de indígenas, se sumaron las sublevaciones de negros, las sublevaciones de chinos y hasta de mestizos (como el de Atus Paria).

En suma, en el Perú se fueron zurciendo las culturas de los vencidos.

Luego llegaron otras culturas: los desterrados de las grandes guerras y hambrunas de otros lugares del mundo.

Y a ello se sumó el caudillismo, que hasta hoy día nos lacera. Y que me hace pensar que no es cierto que los pueblos tengan los gobernantes que se merecen, sino todo lo contrario: Los gobernantes hacen de los pueblos lo que se les antoja. La barbarie moral, política, económica, social. La desvergüenza.

¿A dónde me conducen todas estas reflexiones, que en verdad no vienen a ser sino una sola? Me conducen al punto de partida de todo lo pensado: Un sicótico o un neurótico bien puede pasarse la vida entera sin advertir o darle importancia a su mal. Solo las crisis, las grandes crisis (como por ejemplo cuando el sicótico o neurótico tiene intenciones o velados pensamientos de matar a su mujer o a sus hijos o suicidarse u otra atrocidad semejante), repito solo estas grandes crisis hacen que el sicótico tenga conciencia de su mal.

Entonces no le quedan sino dos caminos: O ejecutar el crimen o buscar la salud e ir tras la medicina.

Esto no solo es un atavismo personal. También las sociedades, las grandes agrupaciones humanas,

suelen caer en este mal, al que por eufemismo solemos llamarlo alienación. Y, como en el individuo, solo las grandes crisis hacen que las sociedades sean conscientes de su mal y tomen la opción que creen más conveniente.

La sociedad peruana, este cúmulo de culturas, este pluralismo étnico, que nos hace un país múltiple es nuestra característica esencial. Somos una diversidad de culturas que más que integrándose han vivido oponiéndose. Azuzados en gran parte por la politiquería o por los lectores de un solo libro.

Somos el resultado de una amalgama social de culturas vencidas. Y así como dos flacos no dan un gordo, ni dos ciegos un tuerto, un cúmulo de vencidos no dan un victorioso.

Somos un país desgarrado. No es nuestra diversidad nuestra riqueza, aunque debería de serlo. Pero no lo es aún.

Aún tenemos una burguesía decadente, unos gobernantes decadentes, engolosinados en el efímero poder de sus riquezas o de sus electores. Mientras esto no cambie, nuestras laceraciones seguirán creciendo. Y ya no solo, como decía González Prada, donde pongo el dedo sale la pus, sino incluso la pus saldrá del dedo.

La obra de José María Arguedas es para mí, la expresión más dolorosa de esta decadencia, de esta cultura de vencidos que somos y que debemos dejar de ser.

Arguedas optó por el suicidio, quizá con ello quiso suicidarse por todos nosotros para que nosotros sigamos viviendo.

Y nos dejó su obra antropológica y su obra literaria y su propia biografía.

Sobre su obra antropológica, prefiero ser un lector mudo solamente.

Sobre su obra literaria prefiero ser un lector hablante: Creo que el afán, el negativo afán de sociologizar la literatura, de verla como la voz de muchos y no como la voz del creador distorsiona el objeto o la obra juzgada. Pues estoy convencido que

toda obra literaria, por más personajes que tenga es, al fin de cuentas, un monólogo. Es el escritor quien habla a través de todos sus personajes.

Leeré algunos fragmentos de sus cuentos que integran el libro “Agua”, para decirles que en ellos yo veo una constante en la visión estética de Arguedas. La visión pesimista del indio y la visión pesimista del misti. En otras palabras, la visión de quien ve un país descuartizado por la endemia moral, que es la injusticia, la estupidez, la ignorancia, incluso la cobardía. La visión de un país que él ve desde una alma (la suya) igualmente desgarrada, igualmente sufriente, igualmente atormentada.

“A veces no sé dónde ponerme”. “A veces quisiera darme vuelta”. “A veces creo que soy otro”, exclamaba en sus versos Vallejo. Y en esa actitud hay, indudable para mí, una analogía espiritual, una óptica común, una génesis brotada de la misma semilla. ¿A qué otra conclusión nos puede llevar la frase de quien anuncia, como en “El zorro de arriba y el zorro de abajo”, que está en busca de un lugar para morir?

Es, qué duda cabe, Arguedas un mestizo de sangre y un mestizo (¿sin mestizaje?) de vocación literaria. Un ser atormentado por la indecisión de no saber qué mundo elegir, y una vez tomada la opción, atormentado por dejar siempre en evidencia que el habla y escribe en una lengua pero piensa y siente en otra.

Dedica sus obras a sus quechuahablantes, pero los epígrafes los escribe en español. Incluye términos quechuas pero paralelamente a éstos agrega el significado castizo. ¿Quién habla en Arguedas? ¿A quién se dirige Arguedas cuando escribe? ¿Qué vida primó en sus sueños y qué vida en sus vigiliadas?

“A los comuneros y ‘lacayos’ de la hacienda Viseca, con quienes temblé de frío en los regadíos nocturnos y baile en carnavales, borracho de alegría, al compás de la tinya y de la flauta”

“A los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio: K’ayau, Pichk’achuri, Chaupi y Kó llana. A los comuneros de San Juan, Ak’ola, Utek’, Andamarca, Sondondo, Aucará, Chaviña y Larcay”.

De: “Agua”

“-¡Justinay! Te pareces a las torcazas de Sausiyoc!

-¡Déjame, niño, anda donde tus señoritas!-¡Y el Kutu? ¡Al Kutu le quieres, su cara de sapo te gusta!-Déjame, niño. Feo pero soy buen laceador de baquillas y hago temblar a los novillos de cada zurriago. Por eso Justina me quiere.

La cholita se río mirando al Kutu; sus ojos chispeaban como dos luceros.

-¡Ay Justinacha!

-¡Sonso, niño, sonso! -habló Gregoria la cocinera. Caledonia, Pedrucha, Manuela, Anitacha... soltaron la risa; gritaron a carcajadas.

-¡Sonso, niño!

Se agarraron de las manos y empezaron a bailar en ronda... Yo me quedé fuera del círculo, avergonzado, vencido para siempre”.

.....

“El Kutu en un extremo y yo en otro. Él quizá habrá olvidado. Está en su elemento, en un pueblito tranquilo, aunque maula... Mientras yo, aquí, vivo amargado y pálido, como un animal de los llanos fríos, llevado a la orilla del mar, sobre los arenales candentes y extrañas”.

De: “**Warma Kuyay**” (AMOR DE NIÑO)

“-¡Inti! ¡K’oñi Inticha (Tibio sol)”.

De: “**Los escolares**”

Quizá sea esa la razón, para mí lo es, por la que Arguedas eligió el suicidio. El sacrificio de acabar con su dolor quitarle al Perú siquiera en algo un poco de dolor.

Paro también hallo una analogía álmica, ontológica entre Arguedas y Vallejo en estos versos:

*Sierra de mi Perú, Perú del mundo
Y Perú al pie del orbe. Yo me adhiero.*

No soy un filólogo, ni un antropólogo, ni pertenezco a otra tribu semejante. Soy de la tribu de los escritores, de la tribu de los lectores a perpetuidad. Y este es el testimonio de lo que en mí ha despertado el escritor de quien hoy día celebramos sus cien años de existencia: José María Arguedas.